

Cuento de Reyes

Oro, Incienso y Mirra



Cuento de Reyes 2024

Oro, Incienso y Mirra

Asun Rubio-Visiers

Amaneció un seis de enero destemplado y gris, que no aportaba ninguna alegría a la celebración. Lucía miraba su Belén como la primera vez. Siempre le había encantado esta recreación del milagro de la Navidad que sólo podía encontrar en casa de su abuela. Los Reyes Magos ya han llegado a los umbrales de la humilde cueva donde la Sagrada Familia se refugia del abandono de sus semejantes. Son los Sabios que, dejados sus animales en manos de los sirvientes, entregan sus regalos al Niño Dios. El elefante, el caballo y el camello esperan tranquilos a que sus dueños vuelvan a reanudar la marcha.

Ahora no está en casa de su abuela. Ahora no le queda nadie de aquellos con los que compartía esta celebración. Ahora el Belén es suyo y ella lo vuelve a poner un año y otro, con la ilusión teñida de nostalgia. Nadie quiso quedarse con él. Nadie tenía interés por lo que contaba.

Termina su café oyendo el silencio de la casa. Tiene mucho trabajo por delante, antes de que lleguen sus invitados. Porque, desde que murió la abuela, nadie recogió el testigo de la celebración de los Reyes Magos. No hay niños a los que contar historias y dar juguetes. Este año ha preparado algo especial, roscón y más.

La vorágine de los preparativos le hace perder la noción del tiempo. Tiene los regalos envueltos, pero falta poner las tarjetas con los nombres. Esta vez es algo diferente. Luego las mesas, platos, copas, cubiertos, bebidas. Hace mucho tiempo que han olvidado que hoy llegan los Reyes Magos. Suena el timbre. Entonces Lucía se da cuenta de que es tarde. “Espero que sea el catering”, piensa, “porque estoy hecha un adefesio”.

En efecto, dos amables repartidores dejan en la cocina viandas y bebidas. Tras comprobar que todo corresponde a lo que había pedido, lo distribuye por las mesas y desaparece en el cuarto de baño. Bajo el agua de la ducha revive recuerdos de cuando el día de Reyes era una fecha esperada y soñada. El sonido del timbre le devuelve a la realidad. Ya llegan.

— Hola, Lucía, qué detalle organizar esta merienda — Pedro, su hermano, no engaña a nadie. Pero le sigue la corriente. Ha venido porque no tiene nada mejor que hacer.

— No es una merienda. Es un Roscón de Reyes.

— Merienda al fin y al cabo.

No le da tiempo a contestar, porque con el siguiente timbrazo aparecen Marcos, su primo, y Lorenzo, un amigo que, en un pasado remoto, fue algo más.

— Es casi como en los tiempos de la abuela — Pedro se dedica a mirar el Belén mientras Lorenzo, que se mueve como pez en el agua, provee de bebidas a todos.

— Por favor, idos sirviendo lo que cada uno quiera. Tengo chocolate caliente para tomar, al final, con el roscón.

— ¿Qué celebramos? No serás de esas anticuadas que aún cree en los Reyes Magos.

— Pedro, soy lo que he elegido y quiero. Resulta que sí creo que, en un tiempo lejano, cuando el Niño Dios nació en Belén, tres hombres sabios y buenos vieron una estrella singular. Todos eran muy versados en astronomía, y estaban seguros de que habían hecho un importante descubrimiento. No se conocían. Pero se pusieron en camino, cada uno desde su tierra. Melchor, desde las lejanas estepas del Asia Central, con su caravana de camellos y llevando para el Recién Nacido su regalo: un cofre lleno de oro. Gaspar era un poderoso príncipe árabe que, a lomos de su magnífico caballo negro emprendió el seguimiento de la estrella con un numeroso séquito de sirvientes. Su regalo para el Dios Niño era un cofre lleno de incienso. Y un joven sabio hindú se puso también en camino a lomos de su elefante, llevando también un gran séquito. Un cofre de mirra era su regalo para el Dios hecho Niño.

— Y me dirás ahora que la estrella, seguramente un cometa que se acercó demasiado a la tierra, les guiaba.

— Pues no sé si algún cometa anduvo o no cerca de la tierra.

— Hubo varios — Lorenzo siempre dispuesto a apoyar cualquier cosa racional que, de paso, desbaratara alguna ilusión de alguien.

—Lucía — Marcos tenía la virtud de hablar siempre desde un imaginario pedestal — los humanos necesitan pretextos para organizar festejos, comprar, regalar.

— No, querido primo, te equivocas. El gran hermano que todo lo controla se encarga de decirnos cuándo tenemos que comprar, regalar, reír o festejar. Pero mi calendario me lo gobierna yo.

— Pues estás haciendo lo mismo que los demás, aunque fingiendo que tus motivaciones son más elevadas — Pedro nunca soltaba su presa.

Lorenzo, que ya iba por su tercer plato de canapés, volvió a la carga.

— A ver, ¿la estrella sirvió de algo o no?

— La estrella se les había ocultado y se encontraron a las puertas de Jerusalén, algo desconcertados. Para ser un simple cometa, parecía tener vida propia. Sin embargo, el lucero apareció de nuevo para guiarles y pudieron llegar a destino y entregar sus regalos. Se dieron cuenta de que algo muy grande había sucedido, aunque aún no podían saber lo que era.

—Pero esa es la historia que nos contaba la abuela antes de abrir los regalos.

— Precisamente, Pedro. Os lo estoy contando porque ahora podréis abrir vuestros regalos. Luego viene el roscón con chocolate.

— Y si no hemos sido buenos, tendremos carbón en vez de juguetes — salmodió Lorenzo imitando una voz infantil.

— Acercaros al Belén y mirad.

Mientras cada uno abría sus regalos, Lucía les contaba el resto del viejo relato de la abuela.

“En el camino de vuelta hacia sus hogares, vieron que muchos niños, humildes hijos de pastores y artesanos, caminaban descalzos llevando sus zapatos en la mano. Cuando les preguntaron, ellos explicaron que iban a entregarlos al Niño del Portal, que no tenía zapatitos que ponerse. Los tres

Reyes Magos fueron dejando zapatos nuevos, en las ventanas de todos los niños que habían llevado los suyos para socorrer al Recién Nacido”.

— Hermanita, te has superado. Ya sabes que yo no creo mucho en esto de regalar por obligación. Pero es todo un detalle que nos hayas organizado este festejo. Entenderás que no te haya comprado nada — era curioso ver las caras de los otros dos, sorprendidos de la misma manera que Pedro — pero estoy lejos de estas historias.

— Bueno, puede que la vida te sorprenda cuando menos lo esperes.

El roscón mojado en chocolate devolvió a Lucía a los tiempos de su infancia. Los demás no lo reconocerían ni bajo tortura, pero estaban disfrutando cada bocado y cada minuto. Decidió rematarlos un poco más.

— Podéis suponer que os he organizado toda esta fiesta pasada de moda por algo.

— Claro, para recordar las viejas historias de nuestra niñez y esas cosas.

— Y esas cosas que nos hacían tan felices, que nos recuerdan que Los Reyes Magos son algo más que una leyenda. Pero hay más. No sé dónde estaré los años venideros. Me han aceptado en el ACNUR.

— ¿Lo de los refugiados? — ahora era Lorenzo quien se mostraba sorprendido.

— Sí. Me marcho a Nueva York la semana que viene, pero allí sólo tendré mi nuevo domicilio. Quiero hacer trabajo de campo.

— ¿Quieres decir estar en ...? Bueno, ya sabes

— Sí. Pedro, allí donde la ONU tenga misiones de apoyo sobre el terreno a refugiados y desplazados.

— Estás más loca de lo que nunca imaginé. ¿Por qué?

— Porque mirando este Belén y a los tres Magos he comprendido que, en este siglo insolidario, viven en los corazones de aquellos que quieren seguir soñando con lo tierno y hermoso que todos los humanos tenemos en el alma. Y yo tengo una posibilidad de dejar mi hogar e irme a hacer algo por los que lo han perdido todo.

— ¿Y si no la tuvieras?

— Me quedaría con mi vida cotidiana y buscaría ocasiones para que el sueño de aquellos hombres sabios siguiera vivo sobre la tierra.

Lucía cerró la puerta y volvió a contemplar el Belén y a los Reyes adorando al Niño. Esta era una de las pocas cosas que se llevaría a su hogar de Nueva York.

Cuando llegaron a sus casas, Lorenzo, Pedro y Marcos vieron brillar algo a los pies de los árboles de Navidad que decoraban sus hogares. Cada uno tenía tres regalos envueltos en papel de vivos colores. Y no eran capaces de pensar en nadie que se los hubiera comprado.